

X

Irene quedó confundida con esta noticia inesperada. Era todo lo que ménos podía imaginar. No supo qué hacer primero, si regocijarse por un cambio que colocaría á Cleopatra ya casada, en la más difícil de las situaciones, dentro de un mundo en que todo se sabe; hasta lo que no existe, ó si debía deplorar un matrimonio que daba á aquella hermana envidiosa un rango, una fortuna y un título igual casi á los que Irene poseía.

Cleopatra tendría además la gran consideración que llevaba consigo el general Neoutof, y en una corte muy jerárquica este detalle tomaba gran importancia.

¿Cleopatra estaría por cima de la princesa Charamirof? La nombrarían dama de Palacio probablemente. . . . A este pensamiento, Irene palideció de rabia.

Pero pronto supo notar que aquella brillante medalla tenía un reverso muy sombrío, y esta consideración fué para ella una abundante fuente de consuelos.

El primero y más fácil de conseguir para gozarlo en el momento, fué burlarse con Cleopatra de la edad y de los achaques de su futuro marido. Mientras que Charamirof iba á pasear su estupefacción por los cuartos de los oficiales de guardias, la princesita se deslizó suavemente junto á la mesa del salón, en que su hermana acababa de escribir un billete. Tomó una labor de tapicería, y se puso á bordar tranquilamente dispuesta a coger una ocasión.

No tardó mucho. Cerrado el billete, fué remitido á un criado para que lo llevara á casa del conde Neoutof.

—¿Te cartear ya? preguntó maliciosamente Irene. ¿No os lo habíais dicho ya todo?

—Doy noticia á mi prometido del favor con que acaba de honrarme el gran duque; respondió Cleopatra.

No era rigurosamente verdadero. Mencionábase el regalo en la carta; pero en realidad aquel billete era una aceptación formal de la proposición dejada en suspenso hasta entónces.

—¿Vas á hacer una buena boda! dijo Irene enhebrando su aguja indiferentemente.

—Lo supongo, respondió Cleopatra sin conmoverse.

—Pero, querida ¿con qué dinero vas á hacer tu ajuar?

—No haré ningun ajuar. Más tarde compraré lo que me sea necesario.

—¿Necesitarás, sin embargo, un vestido de novia! insinuó delicadamente la princesita.

—Mi tia tiene para esto algunos ahorros reservados. A lo ménos, eso me dijo cuando se compró el tuyo.

Irene se mordió los lábios.

—En fin, dijo ésta, podemos envanecernos de que nos hemos casado por nuestra be-

lla cara..... ¡Estábamos en la miseria, sencillamente!... Sólo que yo me he casado con el hombre á quien amaba; esto constituye una singular diferencia.

Cleopatra no respondió nada á esta frase harta verdadera. Habia resuelto no reñir con su hermana, aunque le dijera todas las maldades.

—Despues de todo, prosiguió Irene, nada se ha escrito sobre gustos..... E hizo una mueca ligeramente sarcástica. Lo que me extraña es que el general se haya resuelto á hacer semejante locura....

—¿Locura? preguntó Cleopatra sin conmoverse.

—Evidentemente. Es un marido ridículo que hará reir ó llorar. Nadie será tan tonto, á no ser él, quizás, que crea que tú vas á llevarle las muletas de paráltico, y á tomar en consideración su dicha ante todo..... Cuando una mujer se casa en condiciones, todo el mundo sabe porqué....

—¿Y porqué pues? Tu sabes, Irene, que soy ridiculamente ignorante....

—Pues para arreglarse una existencia á su gusto....

Cleopatra pareció no haber comprendido.

—A propósito, continuó Irene, dime: yo no sabía que estabas en tan buenas relaciones con el gran duque Boris. ¿Las tenías calladas, ó son cosa nueva?

La orgullosa Cleopatra se sintió herida; su hermana acababa de tocar en el punto débil de su coraza de orgullo.

—Ni el uno ni lo otro, respondió, pero tú te ocupas de ordinario en ver lo que no existe para que puedas ver lo que existe. Desde hace largo tiempo, el gran duque Boris se interesa por mí. No más tarde que esta mañana, habiéndole encontrado, le he dicho cuan difícil me hacías la permanencia en esta casa.....

—¿Le has dicho eso? dijo Irene roja de cólera.

—¿Por qué había de ocultárselo? Es un amigo verdadero, que puede serme útil. Se ha conmovido mucho de mi situación desgraciada, y es quizás él quien le habrá inspirado al general el pensamiento de hacerme salir de ella.

Aquí, la verdad sufría asimismo una ligera compostura; pero Irene no era de esas personas con quienes es prudente proceder con franqueza, esto, á lo ménos, había pen-

sado Cleopatra. El argumento, por otra parte, estaba bien inventado; porque aclaró súbitamente el misterio de la oferta extraordinaria de Neoutof.

La princesita se sintió vencida. Como todos aquellos que le son semejantes, tenía interés en pasar por extremadamente buena, indulgente y caritativa. La idea de que su verdadero carácter podía haber sido revelado, y sobre todo, á una persona que pertenecía á la familia imperial, era para ella una especie de espanto. Sin embargo, su terrible lengua quiso darse aun el placer de una réplica.

—Ya que se trataba de elegirte marido, dijo mordiéndose los labios, tu protector podía haberte encontrado uno más.... ¿cómo explicar esto?.... más.... ó ménos.... en fin, otro marido que no fuera ese viejo perro de Neoutof. No tiene mucha presencia, sabes, Cleopatra, tu futuro. Sería adularle decirte otra cosa; tu boda hará reír á mucha gente.

—Temo más bien que despierte hácia mí una conmiseración profunda, puesto que he sido forzada á aceptarla, para librarme de tu hospitalidad, dijo la jóven levantándose.

Su mensajero volvió con un lacónico billete de Neoutof.

«Gracias, decía, iré á dárselas mañana; le beso las manos.»

Cleopatra se retiró á su habitacion, aquella habitacion deseada que debia volver pronto á su hermana, para que en ella instalara ésta el complicado aparato de su vestuario. Sentada delante de su espejo, recordó los pensamientos que habia forjado en su camapaña, el día de la boda de Irene. ¡Qué sueño habia hecho entonces, y cómo se habia burlado de ella el destino!

Con la gran crueldad de la juventud que ignora, aun creyéndose que sabe, habia condenado su corazon á no latir; habia juzgado que seria una inteligencia, servida por un cuerpo soberbio... y he aquí que la suerte le habia trazado un camino tan diferente, que no sabia si debía sonrojarse de su antiguo error y llorarlo.

—¡Tú no amarás nunca! habia dicho en su interior.—Cogerás á los demás en el lazo de tu belleza soberana.

Su alma se habia ablandado; el amor le habia tocado con la punta de su ala; no habia penetrado en su corazon, pero la imagi-

nacion se habia dejado seducir, y algo, Cleopatra no sabia ni aún lo que era, se habia turbado en sus adentros, que ya no queria calmarse.

No eran los sentidos; era la vanidad adulada, quizás la necesidad de ser amada, que inclina unos hácia otros de este mundo. El amor propio sufría seguramente en la jóven cuando vió el nombre de Boris escrito en la página de vitela de los Evangelios; pero algo mejor, algo más noble que el amor propio, combatía en ella además.

—¡Cuánto le hubiera yo amado! dijo entre sí, sin poder contener las lágrimas, olvidando que, un poco ántes, habia dicho: No amaré jamás.

Ahora, su vida estaba trazada. Como habia dicho á Kamoutzine un día... ¡Cuán lejano estaba ya aquel día, martes de carnaval, dentro sin embargo de un año, que aun no habia terminado su curso! Como le habia dicho, ella seria una esposa impecable, porque la virtud es la mayor de todas las fuerzas.

Contempló en su espejo sus ojos profundos, donde tantos hombres se habian turbado y vió que estaba hermosa, más hermosa

quizás y más tentadora que entonces. Sí, el amor la había rozado, y conservaría el esplendor mágico que da á los que él toca. Tal como era, Cleopatra vió que una existencia nueva se abría ante sus pasos.

Su matrimonio no cambiaría en nada las condiciones de su vida interior; seguiría siendo tan extraña á las realidades como lo era en este momento. Pero el mundo la miraría con otros ojos, un enigma se cernería sobre ella, haciendola más deseable, más irritante, y todo la sería permitido; los coloquios prolongados, los cuchicheos exasperantes, los discursos que embriagan y las respuestas que desesperan... desde ahora tenía en sus manos un arsenal terrible.

Un movimiento de cólera le hizo temblar. ¡Qué necios y cobardes eran los hombres que la habían desdefinado! Excepto Kamoutzine, hombre desprestigiado, casi decaído, ninguno se había atrevido á ofrecerle su mano. Pero sólo el viejo conde no había cejado ante la responsabilidad de dar su nombre á aquella jóven noble, bella y pobre... Cleopatra despreciaba á los demás altivamente; podían venir ahora á ofrecerle sus homenajes,..... los que habían retrocedido ante el

pensamiento de casarse con la señorita de honor, pagarían caro sus insolentes declaraciones á la condesa Neoutof.

Se acordó de Boris.... Si él hubiera querido, ¡qué mujer hubiera sido ella para él.... Pero no había querido....

El gran duque la había juzgado mal cuando él se había dicho que quizás ella se burlaría de él por haber desdefinado un tesoro que había tenido en la mano. Cleopatra tenía el alma más alta y más digna. Tomando su Evangelio entre las manos, lo hojeó al azar. Abrióse el libro por el versículo siguiente:

"Os dejo la paz y os doy mi paz."

Quizás se había abierto muchas veces por aquel mismo sitio, con mano inquieta, por un alma deseosa de reposo....

Cleopatra se hincó de rodillas delante del texto sagrado, y sus lágrimas cayeron con amargura.

—La paz sea contigo, dijo entre sí, tú que pudiste engañarme, como los demás engañan; perderme, como pierden los otros.... La paz saiga sobre aquel que me ha estimado harto para tratarme, no como juguete, sino como

á una amiga.... La paz sea contigo, mon señor Boris.....

Sé levantó, y posando su mano derecha sobre el libro divino, pronunció un juramento:

—Juro al Señor Todopoderoso ser una mujer hourada y leal, y no usar jamás con mi marido de supercherías ni mentiras.

Sus lágrimas se habian secado. Besó el libro y se durmió.

XI

El anuncio de esta boda estalló como un petardo en medio de la sociedad escogida que poblaba la ciudad. ¡Cómo! Cleopatra se casaba con Neutof, cargado de años, de reumatismos y de gloria?

—Ahora sí que la pueden llamar la "bella indiferente," dijo un galan deshauciado, que no se había presentado como marido á Cleopatra.

La palabra tuvo fortuna, quizás porque era estúpida, y en veinticuatro horas no hubo en Tsarskoe-Selo ó en Pariovick, casa donde no se hubiera repetido media docena de veces.

La señora Bakhtof llegó de su retiro de provincias; la carta de Cleopatra la había producido una sorpresa dolorosa.

¿Era posible tan encantadora jóven, cuyos méritos sólo ella, su tia había adivinado, se resignase á hacer una boda que era como la renuncia á todas las alegrías de la familia durante un período indefinido? La constitucion del general autorizaba á creer que alcanzaria una edad extremadamente avanzada. Cleopatra podia no quedarse viuda sino despues de sus treinta y cinco años, quizá cuarenta....

La excelente mujer comunicó todas estas razones á su sobrina, pero en vano. La jóven le contó, sin atennar nada, lo que había sufrido al lado de Irene. La señora Bakhtof, aun explicándose mejor una resolucion que parecia algo semejante á un suicidio, no dejó de manifestar á la victima que seria mucho más razonable esperar una union más proporcionada á su edad.

—Usted habla segun le ha ido en la feria, querida tia, le respondió un dia Cleopatra, usted se casó con quien amaba.... Yo no podia hacer lo mismo.

Su tia no insistió más, ya porque se cansase de tanta obstinacion, ya porque hubiese descubierto en el corazon de su sobrina una herida secreta que jamás seria revelada á nadie.

De toda la corte y del universo entero, la Emperatriz fué quien tomó más á mal el anuncio de aquel matrimonio desproporcionado. Su alma honrada rechazaba un arreglo tan semejante á un contrato, ignorando los motivos casi desesperados que impulsaron á la jóven á aquella resolucion; no podia comprender lo que le parecia únicamente inspirado por el deseo de ser rica.

Llamó á su señorita de honor y la habló con mucha sinceridad.

—Es un disparate, le dijo. Si tanto deseo tiene de casarse, yo podria encontrarla un marido más jóven y más en relacion con todo lo que la rodea.

—Su Magestad es sobrado buena, respondió Cleopatra. Pero el conde Neoutof es un amigo de tal especie que es difícil encontrar

otro que se le parezca. Estoy segura de ser perfectamente dichosa cumpliendo con mis deberes á su lado.

—Pero señorita, exclamó la emperatriz, un amigo no es un marido.

Cleopatra bajó los ojos. La repetición de esta frase, que todos se la decían, tenía el privilegio de alterarle el humor, no podía hacer más que ocultar lo mejor posible la impresión desagradable, dió á su rostro el aspecto más tranquilo que pudo, y guardó silencio.

—No cuente conmigo para librarla, si alguna vez se encuentra cogida en el lazo que se ha puesto á sí propia, repuso la soberana en tono seco. Se puede compadecer á las mujeres víctimas de las circunstancias crueles, tales como la mala conducta de un marido; pero ya usted ha sido advertida, señorita, y en caso de desgracia, no debe quejarse á nadie.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Cleopatra; parecióle cosa dura ser tratada así cuando no tenía más que un deseo: sepultar su juventud y sus locas esperanzas bajo las obligaciones morales de un matrimonio

que era la renuncia de todo, salvo el rango y la fortuna.

—Perdóneme Vuestra Magestad, dijo sin llegar á dominar el temblor de su voz. Sé lo que acepto, y lo acepto con todo mi corazón. Quizás Vuestra Magestad, que todo lo observa, ha notado ya que las atenciones galantes no me alteran..... Mi vida ha sido muy dolorosa..... Entre el matrimonio y el claustro, he optado por el matrimonio.

—¿Y quién le dice, interrumpió la Emperatriz con un dejo de amargura, que lo que ahora desdeña, mañana no lo apetecerá? Sin embargo, si eso es así, es usted menos culpable..... Yo hubiera preferido, sin embargo, guardarla en el número de mis señoritas de honor..... En fin, usted es libre. Que Dios sea con usted.

La voz de la soberana se había suavizado. Cleopatra besó respetuosamente la mano que le daba libertad, y salió en actitud tan reposada y tan altiva, apenas pasó el umbral de la puerta, nadie pensó en examinar sus ojos, donde aún brillaban las huellas de las lágrimas.

Fijóse la boda para un día lo más cercano posible. La cuaresma de la Asuncion no au-

torizaba que se celebrase antes del día 15 de Agosto; escogióse el diez y seis, y el novio envió á la novia un ajuar tan rico y tan perfecto que durante largo tiempo se habló de él en San Petersburgo.

Un mes puede parecer muy largo y muy corto, según el estado del ánimo del que va pasando los días. Para Neoutof y para Cleopatra, aquellos treinta días trascurrieron muy lentamente. Una especie de fiebre los impulsaba á desear que se concluyera cuanto antes, para que cesaran las habladurías. Las burlas embozadas, los sarcasmos sangrientos, envueltos en cortesía, no dispensaban á ninguno de los dos; con Cleopatra las palabras tenían doble sentido, estando ella obligada no darse por aludida. Con el general se usaba más prudencia, porque sabían que ese hombre capaz de dar lo mismo un bofetón que una estocada á cualquier malhadado palanchin. Pero los cumplidos exagerados, bajo su apariencia de sinceridad, rasguñaban á veces de un modo doloroso la epidermis sensible del anciano.

Kamoutzine guardaba silencio, cosa que parecía extraordinaria á los que le conocían; la actitud del gran duque, su señor, se lo or-

denaba oficialmente; pero se había visto jamás que Kamoutzine obedeciera en realidad una orden superior? Bajo su fingida sumisión, ¿no se advertía una bravata disfrazada?

Pero esta vez, la disciplina parecía haberle cerrado la boca. En realidad, estaba desesperado. Aquel desenlace imprevisto de sus sueños le parecía la caída en un abismo. Había compartido todas las ilusiones de Cleopatra; más de una vez había creído en su éxito. Lo que él llamaba éxito no era en verdad lo que soñaba la audaz jóven; no había creído ni por un momento que ella pudiese ser llamada á participar de la posición del gran duque; pero había pensado que un matrimonio morganático no hubiera tenido nada de inverosímil, despues de todo; y que esta solución sonreía bastante al espíritu de su señor, y que á falta de otra, la bella ambiciosa se hubiese contentado al cabo.

Pero todo esto se desmoronaba. Lo que había de más enfadosa era que él no podía llegar á saber lo que había pasado. Boris no le había dicho una palabra, y Cleopatra evitaba cuidadosamente toda ocasion de hablar. Por más que se esforzó el hábil cortesano no

pudo saber nada y se agrió su carácter. Jamás comprendió todo el precio de lo que esperaba saber sino el día en que notó que habían sido frustradas sus esperanzas.

Llegó por último el 16 de Agosto. En la capilla de Palacio se había reunido una multitud brillante de oficiales y de damas. En la puerta, el gran duque Boris encontró á la novia, cuya llegada se le había anunciado en el momento en que ella bajaba de su carruaje. El se inclinó en silencio ante ella y la condujo delante del pupitre de los Evangelios, adonde, por su parte, había acudido el conde Neoutof. Ni una palabra, ni una mirada, ni un estremecimiento de manos demostró que jamás hubiese pensado el uno en el otro. . . . Se separaron delante del altar despues que Boris entregó á Neoutof á su mujer que desde ahora iba á pertenecerle; el gran duque se retiró un poco hácia un lado, y Cleopatra ya no vió su rostro sino al terminar la ceremonia.

Obedeciendo al deseo formalmente expresado por el general, la jóven se había puesto este día un vestido extraño, original, que convenia admirablemente á su género de belleza. En la delantera de su traje de raso blan-

co se había prendido todos los diamantes seculares de la familia de Neoutof, puestos por su futuro en la canastilla de boda. La pesada tela, que estaba rígida bajo aquella capa de pedrería, caía sin pliegues, envolviendo su talle de estatua como una imágen bizantina. La corona de flores de azahar se levantaba en forma de diadema, mezclada de flores de diamantes, de suerte que á primera vista parecia el *Cacochnik* ruso. Era un tocado de emperatriz, en efecto, y la belleza de la que lo llevaba era verdaderamente soberana.

— ¡ Ahí exclamó una dama supersticiosa se ha puesto perlas.

Las perlas, en Rusia, son consideradas como simbolo de lágrimas, y de ordinario son prospectas de todo adorno de desposada. Cleopatra no era accesible á tan pueriles temores. Gordos cordones de perlas corrian alrededor de su corsé descotado, rodeaban sus brazos, y caían pasando por los hombros, por su espalda. Eran tambien las perlas legendarias de los Neoutof y desde la muerte de la madre del general, ya haria sesenta años, nadie las habia visto á la luz de las bujías.

— ¡ Está demasiado hermosa! dijo alguien

resumiendo la impresión general, demasiado hermosa y demasiado rica. . . .

—¡No llame usted á la desgracia! dijo miedosamente una dama supersticiosa.

—¡No hay necesidad de llamarla! respondió un malicioso. Viene sola ¿No ve usted que esa jóven será viuda antes que pase un año?

—Pero eso no será una desgracia, replicó otro.

Y era verdad; Cleopatra estaba demasiado hermosa. Bajó su velo de punto de Inglaterra se entreveían las rosas de sus mejillas, coloreadas por la emoción, y quizás también por el esfuerzo físico impuesto por el peso de su atavío. La ceremonia proseguía su curso, sin que se pudiera impedir el que se hablara de aquella maravillosa desposada, pues nunca se había visto otra parecida.

Ella estaba impassible, en pie al lado de su esposo; hubiérasela creído de mármol sin la coloración brillante de su tez y el esplendor extraordinario de sus ojos.

Cleopatra ejecutaba los movimientos prescritos con una noble lentitud que le hacía aun más imponente, como si hubiera representado un papel de reina en alguna pompo-

sa tragedia. Representaba este papel, en efecto. El hombre que la había desdenado veía cómo ella sabía mantener su puesto al lado de un casi soberano. Por el hábito puesto aquellos diamantes y aquellas perlas; por él cumplía con tanta majestad los ritos solemnes del matrimonio. ¡Qué él la viese en su esplendor, y que comprendiese lo que había perdido!

¿Lo comprendió él? Nada supo ella. Cleopatra dió tres vueltas en torno del pupitre sagrado, con su mano en la de su esposo, pero no vió ninguno de los rostros que la rodeaban. Su mirada había tenido la fijeza de los extáticos; las pupilas de un azul obscuro, cuya dilatación duplicaba la profundidad, miraban sin ver. Cuando hubo terminado la ceremonia:

—Dénse un beso, les dijo el sacerdote.

Ella se inclinó hácia su marido, á quien llevaba la cabeza de altura, y el hombre rozó con sus labios los labios rojos que la jóven le presentaba.

—Es la primera y la última vez, le dijo con cierta galantería triste, perdóneme, lo manda el ritual.

Se les condujo á las imágenes santas;

se prosternaron, y en seguida fueron felicitados por la multitud de amigos y conocidos. El primero de todos, Boris, se inclinó sobre la mano de Cleopatra, que todavía no se había puesto sus guantes, y se la besó.

—Le doy mis felicitaciones, señora, le dijo en aquella voz suya, grave y llena, que penetraba hasta el fondo de los corazones, y que Cleopatra no había vuelto á oír desde su conversacion al pié de la torre. Cuán remoto le parecía aquel día, y sin embargo, apenas había transcurrido un mes.

—Doy gracias á su Alteza Imperial, respondió ella; y al mismo tiempo se las doy por todas sus bondades.

Por primera vez levantó los ojos hácia él, y en esta mirada, que él esperaba con cierto malestar, no leyó Boris ni dolor ni reproche, sino solamente la tranquila resolución de una mujer que se había trazado un camino en la vida, y que sabía seguirlo.

XII

La casa ocupada por Neoutof estaba completamente iluminada. Las aceras de la calle resplandecían asimismo con faroles colocados en el suelo. Los lujosos carruajes llegaban con gran estrépito; porque el general había invitado á la corte y á la ciudad á su recepción de boda. Las flores más raras, las plantas más bellas se habían prodigado; los ramos presentados por niños vestidos á la rusa, es-

peraban la llegada de las damas; dos grandes candelabros, colocados en el vestíbulo, flameaban iluminando la fachada hasta arriba; un ligero soplo de viento retorció á veces estas llamas, que se juntaban, se enroscaban y volaban con un poco de humo.

—¡Diantre! nada ha economizado, dijo Charamirof al bajar de su carruaje. Quiere que se sepa que es muy feliz.

Su mujer no respondió nada; con los labios apretados, miraba á su alrededor, buscando algo que criticar.

—¿Encuentra usted mal amueblada la casa, princesa? le dijo Neoutof, que la examinaba con una sonrisa, que pareció burlona á Irene. Es un sencillo alojamiento que deja, en efecto, mucho que desear. Pero espero ofrecer á mi mujer algun nido más digno de ella para este invierno.

—Ha hecho usted de esta casa insignificante un verdadero lugar de delicias, le dijo un amigo. ¡Las flores y las luces tienen un esplendor!.....

El vino de Champagne tradicional posaba sobre grandes bandejas de orfebrería maciza. Neoutof se había acercado á su mujer para

El — ANTONIO

recibir los cumplidos de costumbre. Tomó un vaso de cristal tallado en facetas, y lo alzó á la altura de su cabeza. Todos los demás vasos se dirigieron hácia el suyo.

—Acepto vuestros cumplidos, señores y señoras, dijo en voz fuerte; la condesa y yo os damos las gracias; no tengais miedo, nuestra dicha está asegurada.

Un murmullo de felicitaciones respondió á esta singular salida; el general vació su vaso de un tiron, y lo lanzó contra la chimenea de mármol sobre la que estaba apoyado.

—El cristal roto trae venturas, dijo; invito á todos á nuestras bodas de plata.

Todos sonrieron al oír este chiste, veinticinco años era un plazo bastante largo para un hombre de su edad; pero nadie se arrojó á burlarse. El veterano de 1812 tenía un aspecto tan noble que ninguna broma de mal gusto se le hubiera dado en su presencia. En este momento, una excelente orquesta oculta en el jardín comenzó un minuetto de Mozart, y la música continuó tocando durante toda la noche.

Una comida de doscientos cubiertos, re-

tuvo á los invitados hasta media noche. Es costumbre en semejante caso, retirarse al cabo de un cuarto de hora, pero el general habia prevenido á los invitados, y todos se quedaron por curiosidad. ¡Aquella boda se parecia tan poco á lo que se habia visto hasta entonces!

Las bujías se consumian en sus candeleros, las flores se marchitaban y se replegaban sobre sí mismas con el calor, cuando los invitados salieron de la casa, á los compases de la Marcha nupcial de Mendelsshon.

Los últimos invitados, volviéndose, parecieron ver, por las puertas abiertas de par en par, que el general se inclinaba ceremoniosamente delante de su mujer para despedirse de ella.

—Deseo, le dije, que esta noche, de tan alegres sucesos, le deje el mismo recuerdo que á mí. La fiesta era para usted, señora; y nada es demasiado hermoso si se trata de ofrecérselo. Perdone las faltas del autor, como dicen los españoles, y sepa que tiene en mí un fiel amigo, un humilde y leal servidor.

El la condujo hasta la puerta de la habi-

tacion que la estaba destinada; en el umbral se separó y ella entró sola.

Apenas estuvo en medio de la vasta y fresca habitacion, cuando acudió una doncella.

—Su excelencia pregunta si la señora condesa gustaría aún de un poco de música.

—Sí, ciertamente, respondió Cleopatra.

Las mujeres despojaron á la recién casada de sus pesadas ropas. Pronto estuvo sola vestida con un peinador de seda blanca, ligera y temblorosa, ornado de largas puntillas, de tonos amarillos. La lámpara de las imágenes ardía en un rincón, cerca del lecho abierto; Cleopatra apagó las bujías, y fué á sentarse junto á la ventana.

El cuarto menguante de la luna desaparecía detrás de los tilos del parque, dibujando una gran masa negra, muy imponente. La noche era fresca, los heliotropos y las resecas del jardín oían extremadamente bien; los violines continuaban tocando música de Mozart, aunque muy débilmente, como si hubieran querido preparar dulcemente el oído al silencio. Un débil relámpago surgió de una sortija que Cleopatra llevaba en la

mano izquierda. Era un grueso diamante, regalo de su marido.... El anillo de oro nupcial brillaba en su mano derecha.

—Ya estoy casada, dijo entre sí. Esto parece un cuento de hadas, y sin embargo es la realidad.... ¡Casada!....

Suspiró profundamente, y apoyó sobre su mano su cabeza aturdida por el peso de los diamantes que habia soportado durante toda la noche. Ya poseia lo que habia deseado: una casa suntuosa, una posición excepcional; la actitud del general habia cortado de raíz los comentarios maliciosos; desde ahora seria considerada y respetada como debia serlo. De pronto, las advertencias proferidas por la Emperatriz surgieron en su memoria.

—¿Un peligro? pensó Cleopatra, ¿y qué peligro? El peligro existe para los ignorantes, y yo conozco la vida.... Para las coquetas..... (y sonrió desdenosamente). No puedo, pues, correr ningun peligro.

Recordó los versos de Víctor Hugo:

*No se encuentra tu perla en nuestras ondas;
ni siguen tu sendero nuestros pasos.....*

Lágrimas repentinas, apresuradas, brotaron de los ojos de la jóven. No, su perla no se hallaba en ninguna onda vulgar. Habia colocado su nivel tan alto que toda otra esperanza debia ser una decadencia, y Cleopatra no podia admitir la ida de una caída, aun puramente intelectual.

—Es el mio un sueño digno de realizarse, dijo entre sí cuando se detuvieron sus lágrimas, que no tardaron mucho; marchar con la cabeza erguida, en el orgullo de mi virginidad inviolada, por cima de todos, porque yo tendré lo que los demás no pueden tener. Seré tan respetable que no podrán menos de rendirme homenaje; tan inaccesible que todos desearán llegar á mí; tan bella, que ninguna podrá compararse conmigo.

No tuvo necesidad de mirarse al espejo para ver que era hermosa; ya lo sabia.

La luna habia desaparecido detras de los tilos; los violines se habian callado tan dulcemente, que no lo habia notado Cleopatra; los perfumes solo continuaban dando pruebas de su existencia, y parecian más penetrantes desde que se habian quedado reinando solos.

La ventana quedó abierta, y Cleopatra se echó sobre su lecho, y se durmió con un sueño ligero, donde la realidad continuaba flotando.

De este modo entró en su vida nueva.

XIII

—Es sorprendente esta condesa Neoutof. Ni la más pequeña intriga, ni la más leve sombra de coquetería. ¿Pues y su marido, que simula ocuparse de nosotros?.....

El que hablaba no tenía muchas razones para quejarse; tres meses ántes, había sido, en el mismo día, rechazado por Cleopatra y burlado por el general. Luego había vigilado á la condesa como si hubiera sido pagado por una agencia de informes; pero nada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Año: 1925 MONTERREY, MEXICO

U. A. N. L.